

La Visión del Tantra No Dual - Una sola realidad, infinitamente viva.

Solo hay una realidad. Una sola, pulsante y vibrante, a la que podemos llamar Consciencia, Ser, Presencia o Divinidad. No es una entidad distante, no es un ser separado de nosotros: es aquello que somos en lo más íntimo y que, al mismo tiempo, se desborda como todo lo que existe. No hay nada fuera de Ella.

Esta Consciencia infinita es, por naturaleza, libre, dichosa, luminosa, y en su libertad, decide manifestarse a sí misma como multiplicidad, como universos que surgen y desaparecen; como cuerpos, emociones, pensamientos y estrellas. No por necesidad ni por carencia sino por juego, por gozo, por plenitud expresiva. Todo lo que aparece —lo sutil y lo denso, lo visible y lo invisible— es una expresión de su propio corazón.

Pero la danza de la multiplicidad incluye un misterio aún más profundo: esta Consciencia se contrae voluntariamente en nodos localizados de experiencia, pequeños focos de percepción, que son los seres vivos. Así, lo Infinito se vuelve finito por un momento, sin dejar de ser Infinito. Tú, yo, todos nosotros, somos expresiones localizadas de la Consciencia absoluta, olas individuales y únicas en el océano del Ser.

El único problema —si podemos llamarlo así— ocurre cuando el sujeto finito se olvida de su naturaleza real, y se identifica por completo con su cuerpo, su mente, con su historia. Entonces surge el sufrimiento. No el dolor inevitable de ciertas situaciones del vivir, sino ese sufrimiento innecesario, creado por la mente al contar historias sobre: “¿quién soy, ¿qué debería ser, ¿qué me falta, ¿qué no merezco?”. Este sufrimiento no es castigo ni destino: es simplemente el velo del olvido.

Pero hay una vía de regreso, un camino de reconexión no hacia algo externo, sino hacia lo que ya somos. No se trata de añadir nada, sino de dejar de tomar por real aquello que nunca lo fue. Se trata de reconocer, con total honestidad, que somos esa Consciencia misma que buscábamos fuera. No somos nuestros pensamientos, ni nuestras emociones, ni siquiera nuestras memorias. Somos eso en lo que todos esos contenidos aparecen y desaparecen.

Este reconocimiento no es una creencia. Es una experiencia directa, íntima, que no necesita palabras. Y aunque pueda aparecer de forma súbita, suele cultivarse mediante una práctica amorosa de desidentificación, de rendición, de contemplación. Al principio se asoma como un destello, luego como una presencia estable, hasta que se vuelve nuestro estado natural, sin necesidad de estímulo ni esfuerzo.

Entonces todo cambia sin que nada cambie. El mundo sigue girando, el cuerpo sigue envejeciendo, las olas emocionales vienen y van, pero el centro permanece inmóvil y libre. Desde ahí, descubrimos que todo es Uno, y que esa Unidad no excluye la diversidad, sino que la abraza completamente.

La Consciencia se reconoce a sí misma en cada forma, en cada gesto, en cada instante. Todo está animado desde dentro por una inteligencia amorosa que no necesita explicación.

Así, la práctica espiritual ya no es un camino de superación, sino de abrazar plenamente lo que es.

El cuerpo, la mente, las relaciones, el mundo: todo es ahora sagrado. No porque haya cambiado, sino porque la mirada ha despertado. Lo limitado sigue ahí, pero no hay identificación.

El centro se ha desplazado de lo personal a lo esencial. Y desde ahí, vivir se vuelve una celebración del Ser.

Esta es la visión que nos ofrecen las tradiciones no duales del Tantra: no una teoría, sino un modo de estar en el mundo, que disuelve el sufrimiento innecesario y revela la belleza luminosa del presente tal como es.

No hay nada que alcanzar. Solo queda reconocer, descansar y vibrar en aquello que siempre fuimos.

“No avanzas por esfuerzo, sino por claridad”

“No despiertas por conquistar, sino por permitir”

“No viniste a escapar del mundo, viniste a verlo con los ojos del que reconoce. Ahí comienza la verdadera práctica”